

ReVuel^tas

de indignación y otras conversas

Boaventura
de Sousa Santos

ReVueltas

de indignación y otras conversas

Boaventura
de Sousa Santos

ReVueltas

de indignación y otras conversas

ReVueltas

de indignación y otras conversas

Boaventura de Sousa Santos



Con el apoyo de:



Primera edición: 2015.

Editor: José Luis Exeni Rodríguez (Proyecto ALICE).

Diseño y diagramación: Molina & Asociados.

DL: 4 - 1 - 243 - 15

ISBN: 978-99974-46-23-7

Producción: Stigma

Impreso en Bolivia

Obra de dominio público. Se autoriza la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio, con el solo requisito de citar la fuente y que no sea utilizada con fines comerciales.

Este libro se publica en el ámbito del Proyecto ALICE: “Espejos extraños, lecciones inesperadas”. Consejo Europeo de Investigación, séptimo Programa Marco de la Unión Europea (FP/2007-2013) / ERC Grant Agreement N° 269807.

CONTENIDO

Prólogo	9
<i>José Luis Exeni Rodríguez</i>	
Parte I	11
Revueitas, indignación, democracia	
Presentación	13
<i>Ivonne Farah</i>	
Las revueltas mundiales de indignación: su significado para la teoría y para la práctica	17
<i>Boaventura de Sousa Santos</i>	
“Una revolución del sentido común”	37
<i>María Teresa Zegada</i>	
La política volvió al Brasil	42
<i>Salvador Schavelzon</i>	
Diálogo con el público	46
Las revueltas de indignación y las nuevas luchas por la democracia	60
<i>Antoni Aguiló</i>	
Parte II	75
Saberes, colonialismo interno, mestizaje	
Presentación	77
<i>José Luis Exeni Rodríguez</i>	
Conversa del Mundo	80
<i>Silvia Rivera Cusicanqui y Boaventura de Sousa Santos</i>	

Parte III	125
Bolivia, refundación estatal, TIPNIS	
Boventura de Sousa Santos, sin filtros <i>Boris Miranda, Verónica Rocha y Manuel Canelas</i>	127
De Sousa Santos: “Hay que presionar a Evo Morales” <i>Rubén Darío Atahuichi</i>	134
Disculpe, Presidente Evo Morales <i>Boventura de Sousa Santos</i>	144

Las revueltas mundiales de indignación: su significado para la teoría y para la práctica²

B o a v e n t u r a d e S o u s a S a n t o s

Es un placer enorme regresar a Bolivia y a vuestra convivencia. Bolivia es un país al que he dedicado bastante tiempo en mis años más recientes y por eso es un gusto especial estar aquí, donde tengo amigos desde hace mucho tiempo.

Seguramente les va a sorprender que dedique esta charla al pueblo wirrárika (huicholes) de San Luis Potosí de México. Yo que he trabajado tanto con los movimientos bolivianos y con sus organizaciones como Conamaq, CIDOB, las Bartolinas... Tantas organizaciones y tantas reuniones que hemos tenido juntos. Sin embargo dedico hoy esta charla a un pueblo de México que está en lucha contra una gran empresa minera canadiense que quiere entrar a explorar sus territorios sagrados de Wirikuta. ¿Por qué lo hago? Porque pienso que estamos en una década donde las luchas sociales van a necesitar mucha solidaridad internacional. Hay que saber lo que está pasando

² Transcripción editada de la Conferencia magistral realizada en el auditorio del Palacio de Comunicaciones de la ciudad de La Paz, Bolivia, el 15 de octubre de 2013. Organizada por el Proyecto ALICE: “Espejos extraños, lecciones inesperadas”, Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad de Coímbra (Portugal), en alianza con OXFAM, Ministerio de Autonomías y CIDES-UMSA.

en otros países para no estar tan solos en nuestras luchas, en nuestros países. Muchas veces pensamos que estamos solitos y no es así, hay otras luchas en otros países.

No se admiren pues que si estoy en Brasil por ejemplo mencione luchas de Bolivia, en algunas de las cuales he estado bastante involucrado y que siguen muy vigentes por más que ahora no figuren en la agenda política. Entonces esta idea de solidaridad internacional me parece que va a ser lo más necesario y novedoso porque las resistencias a los modelos de desarrollo y las resistencias al deterioro de la democracia en algunos países están siendo criminalizadas. La protesta está siendo criminalizada, y hay que encontrar modos de dar visibilidad a estas resistencias. Esa visibilidad tiene que incluir diferentes cosas como luchas en la calle, solidaridad internacional, tribunales internacionales... He estado cerca de una lucha en Ecuador, la lucha del pueblo Sarayaku contra las petroleras, que muchos de ustedes conocen en la Amazonia. Esta lucha incluyó todo tipo de luchas: marchas, ocupaciones, tribunales, jueces e incluso la Corte Interamericana de Derechos Humanos, donde finalmente Sarayaku ganó. Por eso necesitamos hoy de esa solidaridad internacional.

Por otro lado, me parece importante que nosotros hoy aquí en Bolivia destaquemos que el continente latinoamericano fue considerado, al inicio del siglo XXI, el continente de la esperanza. Cuando comparábamos América Latina con África, con Asia o con Europa, era en este continente donde estaban naciendo cosas novedosas, políticas de transformación, movimientos sociales, gobiernos progresistas. No es por casualidad que el Foro Social Mundial (FSM) se haya fundado en Brasil, el año 2001. Ni que su antecedente haya sido la proclamación de los zapatistas en Chiapas, el año 1994. Entonces hoy en día es muy importante que quienes hemos trabajado y vivido las luchas sociales de este continente podamos integrarlas en un contexto más amplio, porque el mundo está en lucha, no solo América Latina.

En este período se están produciendo luchas y resistencias en varias partes del mundo, tantas que algunos han dicho que quizás 2011-2013 sea uno de los periodos revolucionarios que ha habido en el mundo. Se dice que normalmente 1789, año de la Revolución Francesa, fue un año de revolución; después 1848, las revoluciones burguesas que pasaron por varios países de Europa; luego 1917, la Revolución Rusa; le siguió 1968 con el movimiento estudiantil; y 1989 con la caída del muro de Berlín y el fin del bloque soviético. Ahora se dice que desde el año 2011 (con la Primavera Árabe) hasta hoy estamos en un nuevo periodo revolucionario, porque en muchos países y en muchos contextos están emergiendo resistencias y también alternativas. Claro que algunas luchas vienen desde lejos y en este continente las resistencias y luchas que llevaron a grandes progresos y avances tuvieron lugar antes de eso. Bolivia es un buen ejemplo con sus luchas del período 2000-2005, producidas antes de la etapa 2011-2013.

Lo que es interesante hoy es mirar cómo realmente asistimos en el mundo –en diferentes países y contextos, algunos muy sorprendentes– a una ola de reivindicación popular. Entonces lo que estoy trabajando y estudiando con (y no estudiando sobre) es la Primavera Árabe, el movimiento de los indignados en el sur de Europa (en Grecia, Portugal, España y también en Italia), el movimiento Occupy en varias ciudades de los Estados Unidos, el movimiento estudiantil chileno del 2012, el movimiento #YoSoy132 contra el fraude electoral en México y las protestas en Brasil desde junio del 2013. Esto para no hablar de otros contextos de lucha que han existido y no son tan visibles, como es el caso de Sudáfrica que el año pasado tuvo más protestas sociales que cualquier otro país del mundo. O el caso de India, donde hay una lucha campesina tremenda, alguna organizada en partidos, otra no organizada en partidos, por la defensa de territorios contra el saqueo de los recursos naturales. Están también los campesinos de Mozambique, con los cuales estuve en julio. Para no hablar de tantas luchas acá en este continente, que todos conocemos. Por eso hablo de estas luchas porque ellas tienen algunas importantes convergencias a pesar de ser muy distintas.

¿Cuál es el interés para que nosotros discutamos estas cuestiones? El interés es que normalmente todo el pensamiento crítico y político se alimenta de estas revueltas, de estas transformaciones, porque el pensamiento crítico y político, transformador, progresista, se alimenta de relaciones de poder y de la crítica a esas relaciones de poder. Estas revueltas son críticas de relaciones de poder y por eso nos instigan a repensar no solamente nuestras teorías, sino también nuestras prácticas.

El pensamiento crítico parte siempre de una doble idea: de la memoria y de la anticipación. O sea hay siempre en nuestro pensar, en nuestra práctica, un elemento de memoria, porque nuestras sociedades son divididas normalmente entre dos tipos de personas: los que no quieren recordar y los que no pueden olvidar. Y la teoría crítica normalmente está del lado de los que no pueden olvidar, los que fueron y son víctimas de sufrimiento, genocidio, opresión, violencias... Quizá la sociedad busca borrar eso para que con varias narrativas nacionales no se recuerde, pero la gente no puede olvidar. Pero el otro lado del pensamiento crítico es la anticipación, la idea de que merecemos una sociedad mejor y que debemos luchar por ella. Por eso hay que ver el impacto de estos movimientos y de estas organizaciones y revueltas en el pensamiento crítico, y también su impacto en nuestros propios países acá, en Bolivia, Ecuador y otros.

La palabra dignidad aparece mucho en estas revueltas. Es curioso. Por eso hablo de las revueltas de indignación. Claro que “indignados” fue específicamente una denominación utilizada por el movimiento del sur de Europa, por los movimientos estudiantiles y de otras personas en Portugal y España. Los indignados, que es un concepto que viene de Espinoza. Pero el hecho es que otros movimientos también usaron la palabra dignidad, como en la Primavera Árabe.

Cuando estábamos en marzo del 2013 planeando el Foro Social Mundial (FSM) en Túnez, había la idea de que el tema debería ser derechos humanos, debido a las luchas en el norte de África y en Me-

dio Oriente. El problema es que había mucha gente que estaba en contra de esta palabra. Los derechos humanos “universales”, como ustedes saben –yo he escrito al respecto–, son universales del lado eurocéntrico. Para quienes comparten otras vidas y tienen otras cosmovisiones no son derechos universales de manera ninguna, sino eurocéntricos. Quizás podrían serlo en el futuro, pero no lo son ahora. Y claro, tenemos un país como Egipto que fue invadido por Napoleón en 1798. ¿Saben cuál fue la justificación de tal invasión? “Yo les traigo los derechos humanos”. Así que un egipcio, viendo lo que pasó con la ocupación de Alejandría y de Egipto en nombre de los derechos humanos, no puede ser totalmente acrítico respecto a esos derechos humanos. Por eso llegamos, como tema del FSM, a un concepto que es muy fuerte en la cultura islámica, que es el concepto “dignidad”. Lo que la gente no pensó en ese momento, o no sabía, es que este concepto de dignidad es también muy importante para la cultura y las cosmovisiones indígenas. Es un concepto central. Entonces el tema de nuestro encuentro en el Foro Social Mundial fue la dignidad.

En ese marco voy a hablar un poco de las características, el significado político y el qué hacer a partir de estas revueltas en nuestros países. Pienso que lo que caracteriza mucho este momento revolucionario es que predomina la negatividad sobre la positividad. La gente está indignada, sabe lo que no quiere, pero no sabe muy bien lo que quiere. Hubo un tiempo en que los movimientos decían: lo que queremos es el socialismo, el comunismo. Había una idea positiva de lo que se quería. Hoy en cambio hay muchas ideas flotando. No hay una certeza de qué tipo de sociedad se quiere. Por eso el Foro Social Mundial dice y asume que “otro mundo es posible”, pero no se define mucho cómo será ese otro mundo.

Ocurre esto porque el movimiento indígena quiere una cosa, tiene una idea; lo propio pasa con el movimiento feminista, que tiene otra idea; y con el movimiento de los derechos humanos, los campesinos, los ecologistas... Hay entonces diferentes visiones de esta emancipación para construir una buena sociedad. Este elemento

de negatividad es fuerte y hace que el elemento positivo de querer algo, una demanda, sea muy volátil o no aparezca con fuerza. Algunos movimientos se rehúsan a hacer demandas. Por ejemplo el movimiento Occupy no quiso hacer demandas. Decían “para qué hacer demandas si las instituciones las absorben y las revierten, son totalmente fraudulentas”. Hay también los movimientos que hicieron demandas, claro, pero fueron muy volátiles. El dato interesante es que se parte de una demanda pequeña y durante la semana se pasa a una demanda absolutamente radical. Les doy dos ejemplos:

El primero es Túnez, donde un joven se inmola prendiéndose fuego porque no legalizan el comercio de la calle. Por eso la protesta empieza con una demanda por legalizar el comercio de la calle, un problema que es muy fuerte en México, en Bombai, en muchos países. Poco tiempo después esta lucha ya era para derrumbar al dictador Ben Alí, para cambiar el sistema político, para traer democracia.

El otro ejemplo son las recientes protestas en Brasil, que empiezan como respuesta a un aumento del 20% en el costo del transporte público. Uno podría decir que es una cosa pequeña, pero rápidamente las protestas se radicalizan y acaban pidiendo la reforma del Estado, e incluso una Asamblea Constituyente. O sea se produce un salto de escalas muy fuerte en este tipo de protestas, que es importante analizar.

Entonces la evidencia es que tenemos movimientos muy distintos, pero todos están hablando y actuando básicamente contra dos grandes enemigos, dos grandes agresores. Uno es la inmensa desigualdad social de nuestro tiempo: el mundo nunca fue tan desigual como hoy. Por eso la cuestión no es pobreza, sino empobrecimiento y enriquecimiento sin límites de algunos. Hoy 400 individuos, todos hombres, tienen tanta riqueza como 40 millones de personas, y quizás en este momento más. Es un mundo escandalosamente desigual.

El Occupy tiene esta narrativa, que viene de Tolstoi, del 1% que gobierna contra el 99%. Entonces hay una fuerte polarización social en torno a la desigualdad. En los últimos años mi país (Portugal) pasa

por una crisis económica, como España, pero la gran paradoja es que el número de ricos y súper ricos aumentó en un momento en que se hacen recortes en los salarios, se despide funcionarios públicos, los maestros hacen huelga, etcétera. Es importante ver este hecho. Hay momentos en que la sociedad no tolera tanta desigualdad.

El otro enemigo de estos movimientos y revueltas son dos tipos de dictadura que están hoy por el mundo. Pero antes una nota previa. Sobre algunas cosas que estoy hablando ustedes quizás van pensando: en nuestros países esto no pasa; quizás este continente como digo sigue siendo el continente de la esperanza. Pero les estoy hablando de tendencias que más tarde o más temprano, si no nos organizamos en este continente, pueden pasar acá. Decía que hay dos tipos de dictaduras: una dictadura personal, el dictador, que en el Medio Oriente es muy claro; y las dictaduras impersonales, de los mercados financieros, del neoliberalismo financiero, que no te encara, no es personal, pero puede empobrecer a un país de un momento a otro. Mi país y España empobrecen de una semana a otra porque los especuladores ganan con la posibilidad de la bancarrota de ambos. No es nada que pase en la economía. La gente sigue luchando su vida. Es que estos especuladores tienen libertad para destruir un país. Y esta es una cosa sin precedentes, es una dictadura sin precedentes, es el neoliberalismo financiero sin límites. Y está minando la democracia.

Entonces la idea fundamental de estos movimientos, y esta es una tendencia que veo en África, en América Latina y en general por donde voy, es que realmente la democracia representativa ha sido derrotada por el capitalismo. Hubo un tiempo en que se pensaba que la democracia representativa-liberal podría poner límites al capitalismo. Y así se hizo en Europa con derechos sociales, económicos, educación pública, salud pública, todo eso. Ahora todo se está revirtiendo, se está privatizando la salud, se está privatizando la educación, la seguridad social, etcétera. Esta democracia no logra poner límites al capitalismo. Es claro lo que pasa en el sur de Europa donde los gobiernos dan más atención a las agencias de notación de crédito que a las demandas de los ciudadanos.

El mejor ejemplo del colapso de la democracia representativa-liberal es el cierre temporal del gobierno federal americano. ¿Cómo es posible que el país más poderoso del mundo esté casi en la bancarrota? ¿Es posible eso? Se dice que treinta personas son las que comandan la situación actual. Los hermanos Koch y otros como ellos ponen dinero para destruir la democracia. Eso si partimos del presupuesto de que los Estados Unidos son una democracia, lo cual es un problema para mí, que vivo parte del año allí. Me acuerdo siempre de Mark Twain que ya en el siglo XIX decía: “nuestro Congreso es el mejor Congreso que el dinero puede pagar”. Estaba en el siglo XIX y miren cómo es hoy.

Por eso no nos admira que una de las demandas o consignas de estos movimientos y ocupaciones sea democracia real: no queremos esta democracia, sino una democracia real. Es importante ver qué tipo de democracia es esa por la que se está luchando. Hace un siglo nadie podría imaginar, ni en este continente ni en Europa, que las revueltas populares podrían pedir democracia real, porque en ese entonces la democracia era una cosa exclusivamente de las oligarquías. La mayoría de la gente no hacía parte de la democracia, que es una cosa élites. Ahora en este siglo, con muchas luchas, en este continente, en Europa y en otros, la democracia está en el imaginario popular y la gente se apoderó de ese imaginario pidiendo una democracia real, que no es ésta. ¿Pero es posible una democracia real en una sociedad capitalista? Esa es la cuestión que está en nuestra agenda, que tiene que estar en nuestra agenda.

La otra característica importante es que todos estos movimientos son extrainstitucionales, están fuera de las instituciones. En general la política de los movimientos, de las organizaciones sociales, ha favorecido siempre –en Bolivia quizás no tanto– una acción institucional a veces complementada con acción extrainstitucional. Bolivia es famosa por eso: intentos de cambios institucionales en el país mediante marchas, unas legales, otras ilegales. Pero la idea de que podemos transformar el mundo o nuestros países a través de las instituciones no está en sintonía con este momento de revuelta. La gente

piensa que las instituciones fueron ocupadas por antidemócratas, por el dinero, y lo que está libre son las calles y las plazas. Entonces la gente ocupa las calles y las plazas porque son los únicos espacios públicos que no están colonizados por el mercado financiero. Esta es una realidad distinta a la boliviana, pero es importante ver en qué contexto estamos. Porque hoy en este mundo globalizado las cosas pueden recorrer de un continente a otro, para bien y para mal. Entonces hay que conocer lo que está pasando en este momento. Por eso la respuesta extra o antiinstitucional de los movimientos y revueltas es una respuesta desde abajo al hecho de que hay una violación de la institucionalidad desde arriba.

Recuerden ustedes cómo mataron a Osama Bin Laden. No vamos a decir ahora si estamos o no de acuerdo con Bin Laden. No es eso. El problema es cómo lo mataron y qué hicieron con su cuerpo. Esto viola todas las convenciones internacionales, convenciones de Ginebra, de derechos humanos, de todo. Fue un hecho extrainstitucional, desde arriba. Imagínense los drones, una nueva arma de guerra que elimina el concepto de heroísmo. Con los drones ya no hay héroes, ya no hay gente. Lo que existe son unas computadoras en Nevada (Estados Unidos) que están matando en Afganistán. Entonces hay una distancia enorme entre el poder y la víctima con estos drones, que tienen una tremenda capacidad extrainstitucional de matar.

Las guerras que hoy conducen los Estados Unidos no son guerras declaradas. Por eso el ejército no entra formalmente. Entran organizaciones paralelas, podríamos decir paramilitares, que tienen nombres: son los servicios especiales del ejército y de la CIA. Hoy la CIA es un brazo armado para guerras no declaradas, que matan por ejemplo ciudadanos americanos, sus propios ciudadanos. Vean esta extrainstitucionalidad, es una especie de Guantánamo multiplicado por mil. Pero los Guantánamos no están solamente ahí.

Otra extrainstitucionalidad viene de Europa, desde arriba, del poder. Vean lo que están haciendo con los migrantes que intentan ingresar a Europa desde África, a través de la isla de Lampedusa, en el

Mediterráneo. Los están matando de hecho. Sabemos que muchos podrían ser salvados del mar, pero mueren porque las autoridades así lo quisieron. Estas extrainstitucionalidades violan todas las reglas del derecho marítimo, que obligan a salvar a una persona, no importa quién sea. Hay una extrainstitucionalidad desde arriba, de los gobiernos, de los grupos poderosos, que hace una fachada de la democracia, de las instituciones, hacen lo que quieren. Por eso la gente en la calle responde con otro tipo de extrainstitucionalidad, mucho menos poderosa claro, porque viene de los oprimidos, los excluidos. Es una respuesta desde abajo. Y por eso acá no existe una desobediencia civil, como hubo en algunos movimientos anteriores, por ejemplo el movimiento de los negros en los Estados Unidos. La desobediencia civil reconoce la legitimidad de las leyes. Hoy en cambio estos movimientos y revueltas de indignación no reconocen la legitimidad de las instituciones. La desobediencia es política, no se reconocen estas instituciones, que realmente no son legítimas desde un punto de vista político.

Claro que estos grupos y estos movimientos tienen también características interesantes para la izquierda, para el pensamiento y la teoría crítica del pasado. Son totalmente hostiles a los liderazgos, a los voceros, a los grandes comandos. Son asamblearios. Su manera de decidir es por asamblea. A veces dentro de sus ocupaciones y acampadas establecen por rotación –como los indígenas– algunas tareas. Hay cosas muy interesantes que están pasando en estos espacios de movilización. La idea del carácter asambleario parece que es la única tradición eurocéntrica que está todavía vigente. No es el socialismo, ni el comunismo, ni la democracia liberal, sino el anarquismo de alguna manera, lo que es interesante. En 1904, cuando Gandhi fue a Europa dijo que si alguna vez habría que optar por alguna ideología en Europa, quizás la única sería el anarquismo. No el violento, sino el no violento. Hoy se hace esa distinción que antes, sobre todo en el siglo XIX, era muy fuerte.

Entonces hay este carácter expresivo de otra forma de hacer política, que es una lección para todos, incluso para el pensamiento

crítico. ¿Por qué? Porque los que están interesados en la política –no es necesario trabajar como cientista o militante– tienen siempre la idea de que la gran mayoría de la gente es despolitizada. Si ustedes miran los libros de política se habla siempre de los ciudadanos organizados en partidos, en movimientos, en organizaciones. Claro que la gran mayoría de la gente no está organizada ni en partidos ni en organizaciones ni en movimientos. Está en su casa, va a su trabajo. Pierde tanto tiempo con su trabajo intentando ganarse la vida para su familia que no tiene tiempo. Esas personas se consideran despolitizadas, lo cual es un error enorme porque los que hoy están en las calles, en todos estos países, son gente que nunca había participado en un partido, ni en movimientos, ni en alguna organización. Las indignaciones y ocupaciones no fueron de los movimientos. Fueron obra de otros sujetos, de otro tipo, gente que se organizó. Entonces hay un principio muy importante y realmente debemos ver lo que trae de nuevo.

¿Cuál es el significado político de todo esto? Hay varias consecuencias. La primera, como ya dije, es que la democracia representativa ha sido derrotada por el capitalismo. Eso está muy claro para mí. Hubo un tiempo en que existió la ilusión de que la democracia podía ponerle límites al capitalismo. Sí puede. Pero el capitalismo tiene maneras de desviarse, de absorber y de seguir adelante. El capitalismo más bien pone límites a la democracia, como lo está haciendo hoy. Y quizás la democracia no aguante. Esta es la asimetría: por la vía de la democracia nunca llegaremos al socialismo, pero con las presiones del capitalismo global salvaje que está hoy en terreno, la democracia puede colapsar y transformarse en una democracia vaciada, lo que es otra forma de fascismo. Muchas veces el fascismo puede no ser político. Las instituciones pueden ser democráticas, pero la realidad es fascista. Y es que la agenda depende cada vez más de monopolios económicos, que tienen acceso directo al poder. Vengo ahora de un país, México, donde las corporaciones ya no intentan influir en los partidos políticos para conquistar sus derechos: negocian directamente con el Gobierno. Coca-Cola no quiere que se ponga un impuesto al azúcar que está destruyendo la salud

de toda la gente del mundo, entonces negocia directamente con el Presidente y le dice que no quiere eso. El poder económico es político hoy en día, y la gente a veces tiene dificultades de entender eso. Esta es la primera gran consecuencia.

La segunda consecuencia de las revueltas de indignación, a mi juicio, es que no podemos crear teorías generales, ya que todos estos procesos son distintos. Estos movimientos y revueltas emergen de historias distintas. Cada país, cada resistencia tiene su historia y su forma de organizar la lucha. Las marchas por ejemplo tienen un significado en Bolivia que no lo tiene en Mozambique. Cada país tiene su historia. La Primavera Árabe nace de la ruina de los procesos nacionales-populares, porque hubo un intento de crear naciones populares o nacionalismo popular en el Medio Oriente. Nasser, líder egipcio, fue un hombre muy relevante en eso. Todos estos procesos fueron importantes y eso ha sido derrotado en las ruinas. Y Occupy es una autorruina del neoliberalismo. Llevo hablando con muchos de ellos y es gente que tiene la ideología totalmente del neoliberalismo dentro de la cabeza. Por ejemplo el deseo de autonomía, el supuesto de que si nosotros no tenemos comandos de nadie, todo se va a resolver, el automatismo de la libertad individual. Es casi la misma cosa que el automatismo del mercado. O sea el neoliberalismo insidiosamente penetra las mentes de los que resisten al neoliberalismo y esto a mi juicio es importante ver.

En Europa y en Brasil son las ruinas de la socialdemocracia. La gente cree que es posible dar un contenido social a la democracia, porque lo tuvieron o porque estaban a punto de tenerlo. O sea derechos sociales y económicos: a la salud, a la educación, a la seguridad social sobre todo, transportes públicos, otro tipo de calidad urbana, etcétera. Y son derechos que se perdieron. Los Occupy ya ni piensan que eso sea posible en los Estados Unidos, pero en el sur de Europa, en Brasil, creen o creyeron que es posible.

Entonces hay genealogías distintas en las revueltas de indignación, pero estas genealogías responden a dos o tres paradojas muy impor-

tantes de nuestro tiempo. La primera es que el poder nunca estuvo tan concentrado y nunca se disfrazó tan bien de poder fragmentado, anónimo y difuso. Hablamos de los mercados, hablamos de los precios del petróleo, de los precios del oro y todos piensan que es una cosa muy difusa, de miles de personas decidiendo. Mentira: las grandes decisiones financieras son tomadas por media docena de grandes inversores institucionales que comandan los mercados financieros. Pero nadie los conoce. Antes se conocía a los Rockefeller, a los Ford y a otros en los Estados Unidos. Tenían nombres y familias. Ahora no hay nombres ni familias. Está oculto. Parece que todo es anónimo. Y este poder difuso hace que la resistencia sea más difícil. ¿Dónde está el enemigo? No es tan fácil identificarlo. Quizás incluso nos podemos equivocar en el enemigo y pensamos que es uno contra el otro. Esa es una cosa muy importante para pensar en el presente.

Además, este enemigo hoy en día usa nuestras consignas para destruirlas. Se destruye Libia en nombre de la democracia, o sea se usa la democracia para destruir las posibilidades de democracia; se usan los derechos humanos para destruir los derechos humanos; se usa el derecho a la vida para destruir la vida. Es un poder que por eso se disfraza de una manera insidiosa, lo que hace difícil la resistencia. Quizás este poder tiene una concentración tan grande que lo hace casi invulnerable a la resistencia popular. Por ejemplo parece que este poder que existe hoy, y contra el cual hay que resistir, es un poder que ya no tiene enemigo externo, porque con la globalización el mundo ya parece una sola unidad geopolítica y por eso no hay enemigo externo. Tampoco le interesa el “enemigo interno”, que eran los sindicatos, los movimientos sociales, indígenas, campesinos, etc. Parece no preocuparse mucho por ello. Ahora está concentrado en su enemigo íntimo, los suyos. Parece que Edward Snowden o el soldado Chelsea/Bradley Manning crean más miedo al poder que una revuelta popular. Son los que están dentro del sistema, y son totalmente parte del sistema, que a veces por una razón u otra crean más preocupación y temor al poder que una revuelta popular.

Entonces es lo que llamo la “dronificación de la política”, esta idea de un poder que se piensa invulnerable. Eso es evidente por ejemplo en la comunicación. Sabemos que esta charla está siendo “chupada” por la National Security Agency (NSA) de los Estados Unidos. ¿Podríamos mandarles un mensaje, no? Pero no vamos a perder tiempo con ellos. Quizás hoy no estén grabando esta charla porque no hay plata federal por el cierre del gobierno federal. Así que hoy podemos decirles de todo, insultarlos, porque quizás estamos fuera de su control. Entonces para nosotros es casi imposible luchar contra este tipo de enemigo que a través de una tecnología inmensa puede obtener todos los datos. Hoy existen varios estudios donde se dice que los servicios secretos van a acabar, porque la gente está diciendo todo sobre su vida en Facebook. Entonces ya no será necesario el servicio secreto porque la gente lo dice todo: qué hace, dónde va, con quién, cuáles son sus preferencias, etcétera, etcétera. Y nosotros sabemos que esta información es usada no solamente para combatir el terrorismo, sino también para la criminalización de la protesta y obviamente para secretos industriales, para las grandes guerras industriales del futuro, con China, con Brasil y otros. Por eso estos sistemas de espionaje.

El control de la información es otro elemento de esta gran polarización de poder. Los grandes medios hoy pueden difundir una mentira, de un día al otro: “hay armas químicas en Siria”, y ahí va toda la gente a “buscar” esas armas químicas. Quizás sea verdad. Lo que nadie dice es que los Estados Unidos usan armas químicas todos los días en Afganistán, que son los misiles de fósforo blanco, armas químicas según la ONU. Ustedes ven los periódicos y nadie habla de eso. Es una capacidad enorme de manipulación. Si la gran prensa fuera más objetiva y no estuviera en las manos del capital, eso no sería posible, esta hipocresía sería denunciada. Pero no lo es, como ocurrió con las supuestas “armas de destrucción masiva” por las cuales se invadió Irak y que todavía no existían. Y un presidente años más tarde dice en sus memorias: “es verdad, sabíamos que no existían”. Pero destruyen un país y no pagan por eso. Al contrario, hoy tienen el control total del petróleo de ese país, que era lo que finalmente querían.

Entonces, ante todo esto, ¿qué podemos hacer? Hay que crear esperanzas sabiendo las dificultades de este tipo de poder. Lo que estas revueltas de indignación dicen es que este poder no es legítimo, es suicida. Un gran teórico, que no era progresista sino conservador, Schumpeter, decía que el capitalismo debería tener más miedo de sí mismo que de sus enemigos. Warren Buffett, que ustedes conocen, un gran especulador financiero, gringo, dijo exactamente eso anteayer: “estos locos del Congreso van a suicidarnos, nosotros queremos ser ricos, no queremos ser pobres”. Y para ser ricos estos instrumentos tienen que funcionar. Es la revolución de los ricos.

La revuelta de indignación muestra que este poder es totalmente ilegítimo y cuando es “democrático” vacía la democracia y retira todo el sentido a la democracia representativa. Entonces si queremos luchar tenemos que hacer de la democracia una revolución y de la revolución una democracia. Pienso que vamos a ingresar en un periodo de revoluciones democráticas. Y la única democracia es la revolucionaria. ¿Cómo vamos a hacer esto? Como se trata de un enemigo muy fuerte, no podemos atacarlo de frente. Hay que encontrar otras formas de hacerlo.

Creo que entraremos en un período de democracias inestables y de revoluciones limitadas pero permanentes. Es por ahí que me parece que estamos caminando. Las democracias van a ser cada vez más inestables porque el deseo de una democracia real entrará en conflicto, cada vez más, con la democracia ilusoria que tenemos. Por otro lado, habrá otras formas de lucha que no se llaman democráticas, pero tampoco quieren cambiar la sociedad en su conjunto, sino una parte de la sociedad, algo. Son revoluciones limitadas. Entonces pienso que vamos a asistir a esta doble condición, que considero son los dos rasgos de un tipo de política que está cada vez más presente en este continente y me parece muy interesante no solamente acá: lo que llamo la política prefigurativa.

Hay que construir zonas liberadas hoy, en nuestros países; zonas donde la gente aprenda que se puede vivir de una manera distinta

de la forma capitalista, sin depender totalmente del consumo. Y no es solamente la economía comunitaria, indígena o campesina que tiene un valor inmenso en esto, o las zonas liberadas de los zapatistas, sino zonas liberadas en muchas partes. Se están creando por ejemplo zonas autónomas –incluso en Europa– de gente que hace trueque directo, que crea monedas locales, formas económicas de reciprocidad y solidarias, huertos urbanos... Cosas novedosas que no cambian el mundo, pero enseñan a las personas que es posible vivir de otra manera, sin estar siempre dentro del centro comercial. Es eso. No es utópico, porque es querer el futuro hoy. Lo que está haciendo el neoliberalismo es un proceso de desertificación de las mentes de los jóvenes y de las personas: con los twitters, el Facebook, la comercialización... No estoy diciendo que las redes sociales no sean importantes. Lo son, pero tienen su otra cara, obviamente. Y tenemos que ver que no son tan decisivas para que se comunique la revuelta. En 1848 en un mes la revuelta pasó por siete países europeos; y no había Facebook. Entonces no exageremos el papel de las redes sociales. Lo que podemos decir realmente es que se trata de una desertificación que retira concentración, retira objetivos y que no permite ver que hay otro modelo, sino únicamente la vida individualista: para que yo gane tú tienes que perder.

Las universidades hoy son un mercado competitivo destructivo. Se están transformando en un mercado y obviamente los profesores son agentes de ese mercado y los estudiantes son entrenados para ser agentes de ese mercado. Por eso el ejecutivo de un banco, que es una persona muy católica, muy buena, que contribuye en todas las obras sociales de su comunidad, cuando se sienta en la computadora a manejar los capitales financieros y los cambios de ganancias en el mundo es un asesino, lo que quiere es robar allá donde esté el hilo débil. ¿Está en Grecia? Vamos a matar Grecia. ¿Está en Portugal? Vamos ahí. ¿Está en tal empresa? La derrotamos. Es un asesino, un psicópata, la misma persona que es buena en la casa. Y hablamos de una persona que está en lo alto, un ejecutivo. Pero una persona que está en un empleo precario, por ejemplo los empleos ahora de

los servicios de comunicación de empresas que existen para movilizar a la gente a comprar, los *call centers* donde el o la telefonista intenta convencerte de comprar un producto de la televisión, puede ser una persona de izquierda, progresista, pero no puede imaginar que a la otra persona del otro lado de la línea no le conviene este producto. Tiene que convencerlo, porque además por su contrato si no hace tantas ventas al mes no tiene salario. Entonces es obligado a ser egoísta, a ser asesino de la vida. Puede asumir que el producto que va a vender no es bueno para los niños de esa familia, pero tiene que cuidar de sus niños, de su familia.

Se trata de una sociedad que está realmente en las antípodas del *Sumak Kawsay*, del *Suma Q'amaña*. Por eso pienso que estos conceptos de origen indígena hoy tienen un valor mucho más amplio (Buen Vivir, Vivir Bien). Hay que rescatar estas otras dimensiones. Pero las zonas liberadas no van a ser la zona política que debe ser implementada. Hay otras. Al contrario de algunos que todavía piensan que debemos organizar autonomías fuera del Estado (o contra éste) y que no hay nada que hacer con el Estado, he planteado en varios escritos la idea de que el Estado es un novísimo movimiento social. No podemos dejar el Estado a la derecha. Y cuando está en manos de la izquierda es necesario mantener una vigilancia constante para que no se vaya de la izquierda a la derecha. Entonces es necesario transformar el poder para tomar el poder, por supuesto.

¿Cuál es la lógica de este otro lado de la política a la que vamos a entrar, que será en parte ilegal y en parte legal? Es claro que una parte de nuestras luchas en el futuro van a ser ilegales, porque por todo lado y todos los documentos muestran que en todos los países las protestas están siendo reprimidas con cada vez más violencia. Hay cada vez más infiltrados dentro de las protestas para crear violencia y después producir la violencia policiaca. Entonces estamos en un tiempo donde el mito de la legalidad tiene que ponerse de lado. A veces hay que recurrir a la ilegalidad. ¿Para qué? Para que la política signifique ampliar la deliberación política. Y eso ya no se puede hacer con democracia representativa, que como digo está derrotada por el capitalismo.

La Constitución Política de Bolivia dice que hay tres formas de democracia: representativa, participativa y comunitaria. Quizás haya más. Pero es la única Constitución que consagra constitucionalmente tres democracias. Ustedes no ven eso en otra parte del mundo. El problema es que una cosa es lo que dice la Constitución y otra cosa es practicarla. Lo segundo es saber cómo se articulan las tres democracias, quién manda más. Y parece que en todos estos sistemas, incluso cuando se limitan otros, la que manda es la democracia representativa. Lo he visto en mi trabajo sobre la democracia participativa en Brasil en algunos municipios. La democracia representativa es nacional, en tanto que la democracia participativa es restringida a lo local-municipal. Y la democracia comunitaria quizá sea todavía más local. Entonces puedes cambiar localmente, pero nunca cambias las relaciones de poder global dentro del Estado.

Hay que crear más formas de democracia. Yo defendí la idea de que si hubiera un sentido para la palabra socialismo, si pudiera definirse el socialismo, para mí sería democracia sin fin, democracia en la calle, en la familia, en la fábrica, en los ministerios, en las políticas públicas, en todo, los consejos populares, formas de organización. Todo esto nos muestra que el objetivo debe ser ampliar los campos de deliberación política. ¿Por qué? Porque la política dominante en todo el mundo reduce los campos de deliberación política privatizando, porque cuando se privatiza una cosa deja de ser parte de la ciudadanía y pasa a ser parte del mercado. Y si es parte del mercado no se discute, sino que la gente consume.

Entonces no será fácil entrar en este pensamiento, que es un pensamiento de esperanza como ustedes saben. Yo siempre digo que soy un optimista trágico. Me rehusó a no ver alternativas, pero estoy muy atento a las dificultades, que por alguna razón son varias. Esta década no es tan brillante ni tan luminosa en América Latina como fue la anterior. E intervienen en ello fuerzas internas y fuerzas externas. Entonces hay que poner mucha atención para impedir que haya retrocesos y para lograr que haya avances en las políticas de los diferentes países. Cada país es distinto en su contexto. En

este momento sabemos que hay un país que está al borde del caos, de ser desestabilizado. ¿Hay errores internos? De ninguna manera excluyo esa posibilidad, pero sabemos por documentos que la CIA quiere desestabilizar a Venezuela y muy claramente lo está haciendo. Las tácticas que están usando hoy en Venezuela son las mismas que usaron en Chile para derrocar a Allende, exactamente las mismas: con los mercados de abasto, con las crisis, con la inflación, con los productos escasos, con acaparamiento, con las violencias de los infiltrados, etcétera. No estoy diciendo que las élites locales de los gobiernos a veces no facilitan ese trabajo con errores propios, pero esto también puede pasar en otros países.

Para mí la primera década del milenio fue una década particularmente luminosa en América Latina porque los Estados Unidos estaban muy distraídos en el Medio Oriente. Ahora ya no están, sus flotas está por ahí en el mar. Sabemos lo que pasó en Honduras. Es el país más peligroso del continente hoy, donde mueren más periodistas al año. El golpe de Estado tuvo por objetivo sacar del poder a Zelaya, el presidente democráticamente elegido. Lo mismo con el golpe contra Fernando Lugo en el Paraguay. Son campañas que están por ahí y que nosotros sabemos que van a hacer que las luchas sean muy difíciles. Y sobre todo van a necesitar la unidad de los grupos sociales, los movimientos, las organizaciones.

La cuestión de la unidad sería tema de otra charla, pero no puedo dejar de mencionarla. Uno de los rasgos más preocupantes en muchos de nuestros países en este Continente es que las políticas de los últimos años, con muchos avances y cosas positivas, con retrocesos también como sabemos, lograron dividir al movimiento popular. Hoy las organizaciones están divididas, fraccionadas. La división está hecha y eso para mí es el primer paso: primero divides al movimiento popular, después haces lo que quieres. Así ha sido siempre y ahora estamos en eso. Estoy viendo eso en varios contextos, de Chile a México, en Bolivia, Brasil, Colombia...

Entonces debemos estar muy conscientes de lo que está pasando, porque la idea de la indignación y de la lucha por la dignidad, este deseo de una vida digna, es más importante hoy que nunca. Y este deseo, a través de una gran diversidad de iniciativas –pues no hay dogmatismo, no hay un modelo–, tiene que asentarse en la conciencia de que necesitamos alianzas en nuestra diversidad para ir más allá de este progreso de la barbarie neoliberal que está en muchos países. Y también de la misma barbarie del progreso en sí mismo: tantos pueblos del Continente podían tener un pasado, pero nunca un futuro. El único futuro permitido era el futuro eurocéntrico del progreso.

Pienso que hubo muchos avances en las últimas décadas, con mucha violencia. Los mundos son distintos. El Medio Oriente es distinto de Asia y de Latinoamérica, y éstos son distintos de África y Europa. Pero me parece que este poder neoliberal concentrado, con diferentes formas, está caminando por todo el mundo con diferentes estrategias y a veces pienso que las fuerzas políticas, los movimientos sociales, las organizaciones sociales, no están todavía conscientes de estos procesos que están minando la capacidad de luchar con eficacia por una sociedad mejor.